

# MEDICINA & HISTORIA

Enero  
1971

Fascículo  
LXXIII

---

DR. PIULACHS

## EL HIGADO Y SU HISTORIA

De esta edición se han separado cien ejemplares  
numerados y firmados por el autor.

Ejemplar n.º **95**

*C. Rivera*

DR. PIULACHS

# EL HIGADO Y SU HISTORIA



Fig. 1. Cauterización por una afección hepática «ad epac incenditur etc»; de un códice longobardo del siglo XI.

## El estudio del hígado en la historia

Con la *teoría humoral* de Hipócrates y, más tarde, con Aristóteles, el hígado es estudiado por vez primera desde el punto de vista biológico, aunque en relación con las opiniones científicas y filosóficas de la época. Entre los cuatro «humores» fundamentales del organismo, junto a la *sangre*, se contaban la *flegma* o secreción mucosa, la *bilis amarilla*, que era la bilirrubina, y la bilis negra o *atrabilis*. Según el humor predominante, cada individuo tenía un determinado temperamento. De ello resultaron cuatro temperamentos, y aun en la actualidad, después de tantos siglos, el vulgo sigue hablando de temperamentos flemáticos, sanguíneos, biliosos y melancólicos.

Paralelamente, como siguiendo el juego de las cuatro esquinas, se habló de los *cuatro elementos* (tierra, agua, fuego y aire), de las *cuatro propiedades fundamentales* (seco, húmedo, frío y caliente), de las *cuatro estaciones* y de las *cuatro fases de la vida humana*. BENEDICENTI decía que la bilis negra fue inventada por los antiguos con el exclusivo objeto de elevar a cuatro el número de los humores y cuadrar así la cuenta. En realidad, la bilis negra correspondía a la bilis verdínica. La bilis, a su salida del colédoco, es de color amarillo oro. Pero en contacto con el aire atmosférico, la bilirrubina se oxida y pasa a biliverdina, que es verde, color que adquiere entonces la bilis.

A los cuatro humores clásicos GALENO añadió el *pneuma*, al que subdividió en tres espíritus: el *espíritu animal*, que residía en el cerebro, dirigiendo los sentidos y los movimientos; el *espíritu vital*, que radicaba en el corazón, desde el cual regulaba el curso de la sangre y del calor animal; el *espíritu natural*, que anidaba en el hígado, órgano pentalobulado bastante parecido a la corola invertida de una deslumbrante flor tropical. El hígado presidía la producción de sangre, bilis amarilla y bilis negra, y al mismo tiempo regulaba la nutrición y el metabolismo. Según el concepto galénico, la bilis amarilla fluía al intestino, mientras que la negra, iba a parar a la sangre, y desde ella se dirigía al bazo, donde se acumulaba como en un depósito, para pasar finalmente al estómago.

Entre los egipcios, en la descripción de las diversas partes corporales, hecha por ARSIERI, Sacerdote de Amon-Ra, únicamente se mencionaban, entre las vísceras, el corazón y los riñones, considerando que cada parte del cuerpo se hallaba consagrada a una divinidad especial. Consecuencia de ello era el carácter medicamentoso de sus conocimientos de anatomía. La causa residía probablemente en el respeto que su religión tenía por el cuerpo, infundiendo la creencia en la necesidad de conservarlo al máximo. La disección era prácticamente inexistente, ya que el embalsamador tan sólo efectuaba una abertura en la cara lateral izquierda del cadáver, a cuyo través se retiraban las vísceras en bloque; sólo el corazón y los riñones permanecían en su lugar. La gran masa visceral extirpada, que se consagraba a los cuatro hijos de Osiris, se lavaba con vino de palma y líquidos odoríferos.

En los siglos XVII y XVIII todavía persistían errores e inexactitudes en relación con el hígado. Así, ASELLI y VESLING, defendiendo la autoridad de Galeno, creían que en el hígado desembocaban los vasos quilíferos. Asimismo, HARVEY consideraba el hígado como el lugar de producción de la sangre.

No obstante, poco a poco se iba imponiendo la concepción moderna del hígado. SPIEGEL describió el lóbulo caudado; GLISSON señaló la relación entre la estructura lobular hepática y la distribución de los vasos sanguíneos. El mismo autor descubrió también que la bilis era obra del parénquima hepático, y no de la vesícula biliar como antes se creía. BOREL, adelantado de la anatomía microscópica y, aunque por muy poco, precursor de MALPIGHI, parece que fue el primero en observar la célula hepática.

Bartolomé l'ANGLAIS, que resumió la ciencia de la antigüedad, decía, en 1743: *fel ex sua substantiae subtilitate et acumine est grossorum humorum inscissivum et sua siccitate consumptivum* («la hiel, sustancia sutil y penetrante, es el más irritante de todos los grandes humores corporales, y su escasez produce la consunción del organismo»).

Así como en los siglos XVII y XVIII llegó a conocerse la forma y estructura del hígado, en el siglo XIX se comenzó su estudio desde el punto de vista funcional. Los más insignes representantes en esta época son GMELIN y, sobre todo, Claudio BERNARD, con su descubrimiento de la función glucogénica hepática. También contribuyeron al conocimiento de la hepatología en el siglo XIX, otros autores: BARBERA, que dio un impulso notable al conocimiento de la fisiología colecística; BERZELIUS, que aisló la biliverdina; HEINTZ, descubridor de la bilirrubina; STRECKER, que identificó el glucocolato y el taurocolato sódicos; y JAFFÉ, que descubrió la urobilina.

## Origen de la palabra «hígado»

El hígado es llamado, en latín, *jecur*. Pero no es de esta palabra de donde ha derivado la voz «hígado». Veamos cuál ha sido su origen.

PLINIO, el naturalista, indica que el glotón APICIO halló el modo de hacer engordar el hígado en los gansos dándoles higos e hidromiel. Los antiguos romanos, amantes de los buenos manjares, siguieron el método, cebando con higos a los patos, con el fin de provocarles una hipertrofia de hígado. El hígado así obtenido, que constituía un precursor del foie-gras, era un alimento muy apreciado, al que denominaban *jecur ficatum* (del latín *figus*, que a su vez procede del griego *sykon*, que significan, uno y otro, *higo*).

Pero con el tiempo, el adjetivo *ficatum*, que significaba «re lleno de higos», fue apropiándose del significado correspondiente al nombre que calificaba, y acabó convirtiéndose en sustantivo, que es como en la actualidad se emplea para designar en castellano y en otras lenguas románicas, aquella víscera: *hígado*, que hace siglos se pronunciaba *higado* (acento llano) y sólo desde hace dos centurias se llama *hígado* (acento esdrújulo); *foie*, en francés; *fígato*, en italiano, palabra esdrújula, y la catalana *fetge*, de acento llano.

La voz griega *sykon*, que significa «higo» y que encontramos en la etimología de «hígado», la hallamos también en otras palabras como: sicofante, sicosis y sicología. Los griegos daban el nombre de *sicofante* al delator del que exportaba higos, burlando la aduana. En la actualidad esta palabra se emplea con la significación de delator o calumniador.

Desde 1952 la Academia de la Lengua admite para la palabra *psicología* y sus derivados: *psicosis*, *psiquiatría*, tanto la ortografía etimológica (del griego *psyké*, «alma» y, también, «mariposa») como la fonética: *sicología*, *sicosis*, *siquiatría*. El hecho, sin embargo, puede inducir a error. La palabra *sicología* en realidad quiere decir «tratado de los higos», como *siquiatría*, que significa «medicina de los higos». En cuanto a *sicosis*, es un término que se emplea en Dermatología para designar un tipo de foliculitis de la barba, cuyo aspecto recuerda el de los granitos del higo.

### Nominación analógica

De igual modo a como muchos elementos anatómicos han tomado el nombre a partir de su semejanza con objetos de la vida corriente, ha ocurrido también el hecho contrario. Muchos objetos llevan el nombre de un órgano del cuerpo humano, ya sea por su semejanza de forma o color, por su aplicación, o por ejercer una acción medicamentosa sobre aquel órgano determinado. Así ocurre, por ejemplo, con los siguientes objetos: riñones, pie de rey, digital, diente de león, dátil, manivela. El hígado, que como hemos visto, tiene el nombre prestado, presta él, a su vez, el suyo para dar nombre a ciertos objetos o condiciones que tienen algún carácter (color, forma, tamaño) que recuerda a aquel órgano.

Así, hay una planta a la que los griegos dieron el nombre de *hepatorium*, por su color parecido al del hígado y por ejercer una acción favorable sobre los enfermos de este órgano. Corresponde a la *hepática*, nombre vulgar de la *Hepatica triloba* o *trifolia*, o *Anemone hepatica*, de la familia de las ranunculáceas.

Asimismo, se conoce de antiguo, un mineral, al que por su color parecido al del hígado, se le dio el nombre de *hepatita*; es una variedad de serpentina.

El mal olor de las deyecciones se atribuía antiguamente a una enfermedad hepática a que denominaban *hígado podrido*. Como indica BRISSAUD, esta denominación tiene seguramente su fundamento en el hecho de que en la ictericia, que es la manifestación objetiva de las enfermedades hepáticas más conocida por el vulgo y la más popular, las heces adquieren un olor particularmente fétido.

En Materia Médica se dio el nombre de *hígado* a ciertas composiciones o preparados de la antigua Farmacopea que tenían un color parecido al del hígado. Entre los más conocidos tenemos los siguientes:

*Hígado de azufre*, mezcla de azufre, materias alcalinas y sustancias de semejante actividad medicamentosa. Más tarde se le llamó sulfureto.

*Hígado de antimonio*, nombre dado a las preparaciones hechas con sulfureto de antimonio y álcalis.

*Hígado marcial*. Es el hígado de azufre con la base alcalina vegetal ordinaria y, además, con óxido de hierro. NAVIER le atribuye una acción de contraveneno o antídoto del arsénico.

A la extensa equimosis que a veces se produce, como consecuencia de una contusión importante, en catalán se la denomina, ateniéndose a su color, *un fetge* (un hígado).

### Papel mágico del hígado

El gran volumen del hígado explica el que no pasase inadvertido entre los antiguos, los cuales creían que en él radicaba la vida. Suponían que la sangre se originaba en este órgano, probablemente al ver la profusa hemorragia que se producía cuando era cortado; por otra parte, la mayoría de los pueblos primitivos identificaban la sangre con la vitalidad y el alma. Según este concepto, la sangre procedente del hígado era distribuida por todo el organismo a través de las ramificaciones de las venas. Por eso, al creer que el hígado era «el origen de las venas» se le consideró el órgano fundamental del cuerpo, puesto que proporcionaba sangre a todas sus partes e infundía en ellas el principio vital, que se suponía radicado en la sangre.

Ello explica que los antiguos atribuyesen al hígado propiedades mágicas. Así, entre los pueblos primitivos, el hígado desempeñaba un gran papel en los sacrificios ofrecidos a los Dioses. Los hebreos lo ofrendaban junto con los riñones y el tejido adiposo perirrenal.

En los sacrificios nupciales, se separaba la bilis de las otras partes de la víctima, para que en la vida de los nuevos esposos desaparecieran la amargura y los sinsabores, y para indicarles que habían de guardarse de la cólera.

MARINER indica que los indígenas de Tonga (Polinesia) decían haber observado que los zurdos tenían el hígado

do más bien a la izquierda que a la derecha, y que en los ambidiestros, el centro del hígado se hallaba exactamente en la línea media. Los habitantes de estas mismas islas, en donde la cirrosis hepática es de observación frecuente, consideran que esta lesión expresa el castigo por haber cometido el sacrilegio de una violación de los tabús religiosos. Para cerciorarse de que el difunto no cometió en vida, una falta de este tipo, llegan incluso a abrir el cadáver. Cuando un individuo se siente culpable de una de estas violaciones, para prevenir aquel castigo, ruega a uno de sus jefes que le aplique la planta del pie sobre el vientre, maniobra que le preservaría contra la citada enfermedad.

Los chinos consideraban el amarillo como un color sagrado; así, los vestidos de los lamas budistas son de este color. La ictericia, aunque en los chinos no es fácilmente visible, era considerada por ellos como un mal sagrado.

La palabra *amarillo* tiene etimológicamente relación con la bilis. Procede de la voz latina *amarellus*, que es un diminutivo de *amarus*, que significa amargo. La relación entre amarillo y amargo probablemente se establece pensando en la bilis, que es al mismo tiempo amarga y de color amarillo. El color amarillo que tiene la bilis recién segregada, pronto lo pierde y pasa a adquirir un color verdoso, debido a que, por exposición al aire atmosférico, la bilirrubina es oxidada y se transforma en biliverdina, que es de color verde. En la ictericia hay aumento de la cantidad de pigmento biliar de la sangre, que se manifiesta en el tinte amarillo de la piel. Por eso a los ictéricos se les daba en latín el nombre de *amarellus*.

### La Aruspicina y la Hepatoscopia

Se da el nombre de *Aruspicina* o *Haruspicina* al arte etrusco de la adivinación por medio del examen de las entrañas de los animales ofrecidos en sacrificio.

Los etruscos constituían un pueblo procedente de Asia Menor, que emigró por mar, a Etruria, la actual Toscana. En su país de origen hablaban una lengua próxima al griego, ya que aquél limitaba con las colonias griegas costeras de Asia Menor.

Los etruscos se mezclaron con los latinos y ejercieron gran influencia sobre la lengua de éstos. En los primeros tiempos de Roma, había un gran número de magos etruscos que ejercían sus artes adivinatorias en la capital del Lacio. Entre estos magos se incluían los arúspices y los augures.

1.º Los *augures* o *agoreros* deducían el pronóstico o vaticinio sobre el porvenir, observando el vuelo de las aves. Aquellos dos términos proceden del latín *avis*, *avi* (pájaro) y *gur* (predicción), voz esta última relacionada con *garrere* (hablar) y *garrulus* (hablador) y descendiente del sánscrito *gar* (gritar). De ellos derivan algunas palabras castellanas, como *augurio* y *agüero* (pájaro de buen o mal agüero). Todavía los italianos para expresar sus buenos deseos saludan diciendo *auguri*.

La evolución de *avis* a *au* también ha ocurrido en el catalán: *au* (ave); *aus* (aves).

Los vaticinios de los augures eran los *auspicios*, palabra que procede del latín *auspicium* (genitivo, *auspicii*, y plural, *auspicia*), voz relacionada con el verbo *auspico* («observar las aves para deducir presagios»), y con el sustantivo *auspex*, contracción de *avis* (pájaro) y *spex* (observador).

2.º Los *arúspices* pronosticaban el porvenir inspeccionando las entrañas (*extispicium*) de bueyes o carneros ofrecidos en holocausto a los dioses. La palabra *arúspice* o *haruspice* procede del latín *haruspex* que significa «observador de entrañas» (*haru*, entraña; *spex*, observador). La voz *haru* procede de *haruga* y de sus homólogos *harviga*, *arviga* y *aru*, que en etrusco tenían el significado de «res» (carnero o buey) y también de sus «entrañas». Dichos términos están emparentados con la voz latina *hira* (genitivo, *hirae*) que significa «intestino», y con el sánscrito o indoeuropeo (predecesor del griego) *hira*, que significa «entrañas, vísceras».

La ciencia de los *haruspex* se llamaba *haruspicina* o *aruspicina*. La *aruspicina* comprende dos partes fundamentales; una de ellas, la *Hepatoscopia*, que fue practicada al mismo tiempo por los griegos y los caldeos; consistía en el examen del hígado. La otra, es la *Extapicina*, practicada especialmente por los etruscos; es el examen de los *exta*, es decir, de las otras cinco vísceras mánticas: bazo, estómago, riñones, corazón y pulmones. Los *arúspices* (de *haruga*, entraña o víctima; y *aspicere*, ver, examinar, mirar) predecían el porvenir examinando el hígado y las otras entrañas de la víctima. Llegaron, en cierto modo, a convertir la *aruspicina* en una verdadera ciencia, concebida ésta, según el criterio de la época.

Los sacerdotes-advinos de Mesopotamia dieron a las diversas partes del hígado nombre de objetos o elementos conocidos a los cuales se asemejaban. Así, describieron ríos, montículos, caminos, un palacio con sus puertas, una mano, un dedo, una oreja, un diente, etc. Distinguían un lóbulo derecho o parte propicia (*pars familiaris*), y uno izquierdo u hostil (*pars hostilis*). La parte derecha se consultaba para cuestiones relativas al propio interrogador, y la izquierda, para lo concerniente a las otras partes implicadas en la cuestión. Seguidamente el adivinador iba sacando conclusiones, favorables o adversas, a partir del color, aspecto, tamaño, forma, presencia o ausencia de ciertas peculiaridades; finalmente, reunía y sintetizaba los resultados de los diferentes datos, para llegar a profetizar, en la respuesta definitiva o adivinación, el género del acontecimiento, alegre o desgraciado, que iba a ocurrir.

La práctica de estas costumbres de *hepatoscopia* ha sido confirmada por los hallazgos de las excavaciones arqueológicas en áreas bajo la influencia cultural de los sumerios, y en las que se han hallado modelos de hígado

hechos en arcilla. En las realizadas en Mari (dinastía de Hammurabi, siglo XVIII antes de J.C.) se han hallado más de treinta.

La pieza más famosa se encuentra en el Museo Británico. Se trata de un hígado de oveja, que probablemente fue usado por los sacerdotes babilónicos como elemento de consulta, cuando inspeccionaban las entrañas, y también empleado para poder enseñar a sus discípulos. La superficie de esta pieza está surcada por líneas, que la dividen en unos cuarenta pequeños cuadrados, cada uno de ellos con escrituras sagradas. En la mayoría de estos cuadrados existen pequeños orificios, en los cuales insertaban palillos de madera, al objeto de ir registrando, en el modelo, las modificaciones que apreciaban en el hígado del animal sacrificado, y así, a partir de la imagen topográfica formada, poder efectuar las correspondientes adivinaciones.

Como que la hepatoscopia pasó de los pueblos de Mesopotamia a los etruscos, en esta región (hoy Toscana) también se han hallado modelos de hígado hechos de arcilla, al igual que el de Falerü (siglo II antes de J.C.), o de bronce, como el del Museo Cívico de Píscenza (siglos III-II antes de J.C.), que corresponde a un hígado de oveja. La cara diafragmática de este modelo es particularmente fiel y en ella puede reconocerse el ligamento falciforme. La cara visceral es plana y más estilizada; en ella se puede apreciar una prominencia piriforme, una piramidal y una tercera relativamente plana, las cuales corresponden, respectivamente, a la vesícula biliar y a los tubérculos piramidal y papilar. Toda la superficie se halla dividida, por líneas radiales y circulares, en unos cuarenta campos, que contienen inscripciones, al parecer alusivas a diversas divinidades.

En el arte etrusco se han hallado variadas representaciones de la actuación de los arúspices: se las encuentra sobre todo, en las cubiertas de las urnas funerarias y en la cara posterior de los espejos de mano.

Se daba el nombre de *Victimaria* a la parte de la aruspicina que consistía en la observación de la víctima cuando todavía seguía viviendo, desde que llegaba, hasta que era sacrificada; apreciaban cómo iba al sacrificio y de ello obtenían datos para sus vaticinios.

La aruspicina etrusca distinguía dos categorías de sacrificios: unos, con carácter adivinatorio: los *hostiae consultatoriae*; otros con propósito puramente religioso: los *hostiae animales*.

Después de haber efectuado la operación de inspección de las vísceras, éstas se entregaban al fuego, anotándose el aspecto y los movimientos de las llamas: *Empiromancia*, así como los del humo: *Capnomancia*.

Los textos sagrados y en particular las tablas de aruspicina eran redactados en lengua etrusca, y la función de los augures y arúspices era ejercida únicamente por las viejas familias romanas de origen etrusco. Los romanos hacían venir a etruscos instruidos en esta ciencia, o mandaban a Etruria, jóvenes romanos para aprenderla.

Hallamos corroborada esta afirmación en varios autores: así, Tito LIVIO dice: «De suerte que numerosos adivinos etruscos eran empleados en los acontecimientos públicos» (Itaque cum ad publica prodigia Etrusci tantum vates adhiberentur). En varios pasajes de sus obras CICERÓN asocia el calificativo «etrusco» a los arúspices. Algunos arúspices seguían los ejércitos y eran consultados por los jefes para saber si el momento era propicio para iniciar la batalla, y para que predijeran su resultado. CICERÓN, en una reprensión dirigida a los estoicos, les hace ver que es ridícula superstición querer atribuir al hallazgo de un hígado grande o pequeño, el bien o la desgracia de un gran número de hombres.

El mismo CICERÓN ha referido el origen legendario de este arte. Se dice que en el campo de Tarquinius, habiendo un labrador trazado profundamente un surco, salió de la tierra, de modo súbito, Tagés (o Tagete) y le dirigió la palabra. Tagés, hijo de Genio y nieto de Júpiter, era considerado por los etruscos como el padre común. Según los libros etruscos, tenía la apariencia de un niño y la sabiduría de un anciano. Al verle, el labrador, lleno de asombro, lanzó un fuerte grito: los demás acudieron, y en muy poco tiempo, toda la Etruria se congregó en aquel lugar. Entonces Tagés habló mucho ante un numeroso auditorio, que recogió sus palabras y las confió a la escritura. Todo su discurso versó sobre la ciencia de los arúspices que en lo sucesivo progresó, enriqueciéndose con nuevas observaciones, siempre en armonía con estos principios. ISIDORO indica que Tagés murió inmediatamente después de haber revelado su doctrina.

En realidad, mucho tiempo antes de Tagete, los griegos y los asiáticos ya consultaban las entrañas de las víctimas para buscar señales favorables o desfavorables. Lo que hicieron los etruscos fue transformar dicha práctica en un arte y establecer sus reglas.

En Grecia a la aruspicina se la designaba con nombres distintos, aunque el más divulgado fue el de *Hieroscopia*. En cuanto al origen histórico de la aruspicina es difícil de determinar. COUTENAU cree en su origen babilónico y asegura que fue difundido por todo el antiguo Oriente, en Caldea, en Fenicia, hasta Cartago, en Palestina y en Grecia.

Hoy en día se cree que los etruscos procedían de Asia Menor y que la leyenda de la huida de Eneas, partiendo de Troya, hacia Italia, narración cantada en la *Eneida* por Virgilio, contiene, como la mayoría de tradiciones de este género, un fondo de verdad histórica. Puede admitirse, pues, la idea de un origen mesopotámico.

El mismo método de adivinación se halló en el Perú, en la época de los incas. Todo ello hace pensar que el rito del examen mántico de las vísceras o entrañas de las víctimas no tiene un origen local, sino que responde a una concepción tan universal como los propios sacrificios.

## El hígado, asiento de diversas cualidades morales

En algunos pueblos primitivos el hígado fue considerado como asiento de determinadas cualidades morales; admitían que las variaciones en tamaño y peso que presentaban los distintos individuos, expresaban el grado más o menos elevado en que éstos poseían aquellas cualidades. SÉNECA situaba en una parte del hígado, la misericordia, y en otra, el miedo. PERSIO consideraba al hígado como punto de partida de todas las pasiones.

Cuando en lenguaje vulgar los alemanes dicen: «hablar desde el hígado» (*aus der Leber zu sprechen*) quieren hacer referencia al lenguaje sincero y sin ambages, como si aquel órgano fuera el asiento de la franqueza y la sinceridad. Para referir de alguien, que tiene un acceso de malhumor, dicen: «algo ha pasado sobre el hígado», o que «alguna cosa se le ha caído del hígado».

A veces se dice, dirigiéndose a un individuo, «¡tiene unos hígados!». Con esta exclamación quiere ponderarse, en unos casos, su valentía, pero con mayor frecuencia se aplica para subrayar su desfachatez o su absoluta falta de escrúpulos. También se emplea para los individuos que, ante una situación de urgencia que requiera su intervención, se mueven con desesperante lentitud y parsimonia, sin mostrar interés, como si no participasen en la importancia de aquel hecho que exige atención urgente. Con igual sentido se dice a veces: «tiene un hígado como una raya», lo que deja suponer que este pez lo debe tener muy voluminoso.

Pero de todas las cualidades morales, las que con mayor frecuencia y más específicamente han sido localizadas en el hígado son, como veremos, el amor y la valentía.

## Influencia de la bilis en el psiquismo

A veces, en lugar del hígado se alude a la bilis que elimina. HORACIO al pintar la cólera pone en escena la bilis; precisamente en latín, «*cholera*», quiere decir bilis (procede del griego *kolera*, de *kole*, bilis), aunque más comúnmente la llamaban *fell* (genitivo, *fellis*). La palabra «cólera» se emplea para expresar una actitud momentánea de irritación («montar en cólera»), o un modo de ser permanente: temperamento colérico. Esta palabra procede de la voz griega *kole*, que significa bilis, ya que se consideraba a ésta como responsable de la irritabilidad y la iracundia del colérico.

En latín, *bilis triste* significaba duelo, tristeza, aflicción. El poeta TIBULO en sus Elegías para expresar una época calamitosa decía que

«los tiempos están inundados de una bilis triste»: *«omnia jam tristi tempora felle madent»*

Pierre Caron de BEAUMARCHAIS, autor de «*Les noces de Figaro*» fue a Versalles a proponer un negocio ilícito a M. de Vaudreuil. Este último, después de escuchar fríamente, le dijo: «Señor de Beaumarchais, no podíais llegar en momento más propicio, pues he pasado una buena noche, mi bilis ha circulado perfectamente y he digerido muy bien. Si me hubiérais hecho ayer una proposición semejante, os hubiese mandado arrojar por la ventana».

En francés son corrientes las expresiones: *émouvoir la bile* (conmover la bilis) y *échauffer la bile* (calentar la bilis): se emplean con el significado de excitar la cólera y descargar la cólera.

Con el nombre de *hipocondría* se ha designado una forma de melancolía caracterizada por una ansiedad morbosa respecto a la propia salud, junto con una tendencia a exagerar los sufrimientos, reales o imaginarios. La palabra hipocondría hace referencia al hipocondrio (del griego, *hipo* debajo y *kondros* cartílago). Es la región situada a uno y otro lado del epigastrio, por debajo del reborde inferior del tórax, que aquí está formado por los cartílagos costales. Precisamente esta región, sobre todo en el lado derecho, está ocupada por el hígado, de modo que al aludir a la misma, es innegable que se quería hacer referencia al hígado, que es al que verdaderamente se consideraba responsable, por mediación de la bilis, del carácter peculiar de los hipocondríacos.

Los antiguos suponían que el bazo era el punto de origen de la alegría y de la tristeza, y, sobre todo, del abatimiento y el fastidio. En inglés el bazo tiene el mismo nombre, *spleen*, que el tedio o la añoranza. Este concepto surgió del hecho de considerar a dicha víscera como la parte interior del cuerpo que era más sensible, a causa de su blandura. Debido a ello, suponían que el órgano se agitaba y conmovía por las emociones intensas y las fuertes impresiones.

En la actualidad, cuando de un individuo decimos que tiene un temperamento o carácter bilioso, queremos indicar que se trata de un hombre amargado, malhumorado, con carácter áspero, agrio y desabrido. Se emplea aquel calificativo por considerar que es la bilis la que causa esta alteración del carácter. Por la misma razón se emplean las frases: *estar echando bilis*, para señalar al que está expresando irritadamente su indignación. Se habla también de *tragar bilis*, en el sentido de tener que apechugar con algo que es amargo y desagradable. En el refrán popular «*quien traga la miel ha de tragar la hiel*», se contraponen el sabor dulce de la primera con el amargo de la última.

La palabra *melancolía* significa etimológicamente, bilis negra (del griego *melanos*, negro y *kole*, bilis). La tristeza vaga y persistente que caracteriza al melancólico se creía que era debida a la acción de la bilis negra.

Desde el punto de vista etimológico, la palabra *atrabilionario* hace referencia a la bilis negra (del latín *atra*, os-

curo) igual como la voz melancolía. La única diferencia es que melancolía procede del griego, y atrabiliario, del latín. No obstante, el significado que actualmente se da a ambas palabras no es el mismo. El melancólico tiene un tipo de tristeza lánguida e inofensiva. El atrabiliario, en cambio, es un individuo áspero, de carácter adusto, variable e intemperante.

### La paloma, animal sin hiel

Antiguamente se llegó a creer que había animales que carecían de hiel; entre ellos se contaba la paloma. Suponían que por este hecho se salvaba de todas las epidemias y tenía la carne sumamente fina. Hasta tal punto llegó su reputación que, según afirma Pierius VALERIANUS, en tiempo de peste, en la mesa de los reyes no se servía más que su carne.

Ya anteriormente, San Cipriano había dicho que si el Espíritu Santo tomó la forma de paloma, fue por ser dicha ave, ingenua y alegre, y carecer de hiel.

### El hígado, morada del amor

En algunas épocas se había considerado al hígado como asiento del amor. Así, en los «Proverbios» se dice que «el joven se dejó seducir por los encantos de la cortesana y la siguió hasta que su hígado fue traspasado por una flecha».

Cuando el ángel Rafael recomendó al joven Tobías: «Sé continente la primera noche de tu boda y las dos siguientes, y quema el hígado de pescado para ahuyentar el demonio», no hizo más que aconsejar un método en relación con las creencias vigentes en la época. Para PLATÓN el hígado era el lugar donde asentaban las pasiones carnales.

San Jerónimo confirma la creencia en que el amor carnal se halla situado en el hígado: «en opinión de los médicos la voluptuosidad y la concupiscencia vienen del hígado».

Al igual que los hebreos, los armenios localizaban el amor en el hígado. Un poeta armenio refiriéndose a un amante que había sido rechazado dice que «se retiró con el hígado deshecho, partido».

BION en su «Idilio» indica que Venus, llorando sobre el cadáver de Adonis, espera que el «último suspiro del alma pase al interior de su hígado».

Los escritores orientales, al ejemplo de los poetas griegos, consideraban como asiento de los sentimientos afectuosos, más bien al hígado que al corazón. ANACREONTE decía «el amor me impulsa y me hiere en el hígado, como un tábano»; y también, «el amor tendió su arco y le atravesó el hígado».

RABELAIS escribe en Pantagruel: «Te amo con el mejor de los hígados».

Todavía hace poco más de un siglo los médicos admitían que «el apetito de unión carnal está situado en el hígado, que es la causa material del amor».

### El hígado, sede del valor

Los pueblos del Antiguo Oriente consideraban el hígado como el receptáculo del valor. Así, en el pasaje bíblico de las «Lamentaciones de Jeremías» puede leerse: «La confusión se ha apoderado de mis entrañas y mi hígado se ha esparcido sobre la tierra», palabras que expresan, sin atentar contra el decoro, la situación de molestia intestinal que afecta al hombre en algunos momentos críticos de la vida. No puede descartarse, sin embargo, señala LAEMMER, que con estas palabras se haga referencia a algunas de las complicaciones que acompañan a las enfermedades del hígado, tan frecuentes en los países cálidos. Hay que tener en cuenta, además, que los hebreos aplicaban la palabra hígado, tanto a la región lumbar y tubo digestivo infradiafragmático, como al órgano mismo.

De igual modo los persas consideraban que el valor, así como diversas virtudes morales e intelectuales, se hallaban localizados en el hígado. De ahí que, en vez de decir «tenía miedo», hablaban de que «sus hígados se licuaron» o «sus hígados se fundieron en agua».

Por su parte, los Vedas, admitían la existencia de una alma universal o Djiw Atma, que vendría a ser una especie de principio vital, que en el hombre residiría en el cerebro, tórax y ombligo. En el ombligo, el Djiw Atma preside la generación y las deyecciones; estas últimas se producen, en general, bajo la acción del miedo.

Según MARINER los indígenas de Tonga (Polinesia) consideraban el hígado como habitáculo del coraje, de modo que cuando muere un hombre, se le abre el cuerpo, y por el tamaño del hígado se juzga el grado de su valentía. Antiguamente los chinos situaban todo el cuerpo dentro del hígado, y la valentía dentro de la vesícula biliar; a un hombre de muchos arrestos (o de «corazón» como dicen los franceses) los chinos le llamaban «un hombre de bilis».

Los egipcios, en cambio, no compartían la creencia extendida en la Antigüedad, de que el hígado alojaba cualidades psíquicas, como el valor y el amor.

En la antigua Grecia existía la expresión proverbial de *leukopattias* (del griego *leukos*, blanco) que significa «tener el hígado blanco», con referencia al que carece de bizarría, el cobarde y temeroso. Y aun en la actualidad, en Inglaterra, se usa igual término (*white livered fellow*) para designar a los pusilánimes. Asimismo, en Francia, para aludir a esa clase de gente, se los designa como el *qui ne se fait pas de bile*.

En las obras de Shakespeare viene repetidamente expresado el hecho de que el hígado blanco es el hígado de un cobarde. Veamos algunos ejemplos :

*Macbeth*, acto V, escena 3.<sup>a</sup> :

«Macbeth. — Anda, pellízcate la cara y tiñe de rojo tu miedo, tú, muchacho de hígado de lirio». (*Go, prick thy face, and over-red thy fear, Thou, lily-livered-boy.*)»

*Troilo y Cresida*, acto V, escena 2.<sup>a</sup> :

«... la razón y la prudencia empalidecen los hígados y abaten la valentía. (... *reason and respect make livers pale, and lustihood deject.*)»

*El Rey Lear*, acto II, escena 2.<sup>a</sup> :

«Oswaldo. — ¿Por quién me tomáis?

(*Steward. — What dost thou know me for?*)

Kent. — Por un bribón, un pillo, un tragabazofias, un hombre de hígado blanco, que si le apaleáis os denunciará a los tribunales. (*A knave, a rascal, an eater of broken meats... a lily-liver'd, action taking knave.*)»

*El Rey Lear*, acto IV, escena 2.<sup>a</sup> :

«Goneril. — ¡Hombre de hígado blanco! que presentáis la mejilla al bofetón y la cabeza al insulto. (*Milk-liver'd man that bearst a cheek for blow, a head for wrongs.*)»

Por cierto que, con sorpresa, vemos que Luis ASTRANA MARÍN, que tiene fama de ser el mejor traductor al castellano, de Shakespeare, vierte el pasaje del acto V, escena III de *Macbeth* de la siguiente manera :

«Macbeth. — Anda, cúbrete la cara y tiñe tu miedo de rojo.»

Como se ve ASTRANA MARÍN dice «cúbrete» en vez de «pellízcate», que es la palabra adecuada, ya que después del pellizco la cara se enrojece, por el eritema reaccional. Con la palabra «cúbrete» la frase carece de sentido.

Asimismo, en el acto II, escena 2.<sup>a</sup> de *El Rey Lear*, dice :

«Kent... un hombre de hígado color de lila.»

Traducción incorrecta, pues debería decir «un hombre de hígado color de lirio». Como es sabido, la lila tiene una flor de color morado claro, en cambio, a lo que se quiere aludir en esta frase, es al hígado de color blanco. Entre las expresiones vulgares inventadas por los soldados franceses durante la primera Guerra Mundial, para designar el miedo, figura la de : «¡Vaya amigo, parece que tienes los hígados!» Es curioso el hecho de que, sin saberlo, estos combatientes empleaban una frase que tenía más de dos mil años de antigüedad.

### Comedores de hígado y bebedores de hiel

La consideración del hígado como receptáculo del valor iba unida, en muchos pueblos primitivos, con la creencia de que el que come el hígado o bebe la hiel del enemigo aumenta su ardor y valentía para la lucha.

Los sosones, entre los cuales no existe tradición de antropofagia, en algunos casos, después de un combate, comen ciertas partes del cuerpo, de ordinario el corazón y el hígado, del enemigo que ha destacado por su bravura.

Estas prácticas de canibalismo ritual, que obedece a la superstición de que el comer las vísceras permite asimilar las cualidades de la víctima, eran de observación muy frecuente entre los pueblos salvajes desaparecidos, y siguen realizándose entre los actuales. Recientemente se han dado abundantes casos en el Congo, después de haber adquirido este país el rango de estado libre.

En nuestro país, algunos individuos cuando quieren manifestar su profundo odio hacia un enemigo, emplean la frase : «me le voy a comer los hígados». Posiblemente en esta expresión quede restos de la simbología enerrada en la práctica salvaje del canibalismo ritual.

También los chinos creían que comiendo el hígado, la vesícula biliar u otra víscera (el corazón, de ordinario) de sus enemigos, incrementaban considerablemente su valentía y su sed de venganza. Por eso, después de los combates, quitaban estas vísceras de los cadáveres de sus enemigos y, después de cocidas, se las comían con gran apetito.

La bilis, por teñir de amarillo los tejidos, creían que constituía el punto de concentración de la valentía y de otras virtudes. En la farmacopea china la bilis, en especial la humana, es usada abundantemente, ya que consideran que transmite las virtudes que en ella se concentran, como el coraje. Por su abundante utilización de la hiel humana, los chinos se veían obligados a tomarla de los ajusticiados y, cuando éstos escaseaban, la obtenían de cualquier desgraciado, al que asesinaban con el único fin de procurarse su vesícula biliar. A este respecto MATIGNON relata hechos, como el siguiente, que son verdaderamente impresionantes : En 1895, en Pekín, después de haber ejecutado a un criminal, el verdugo le quitó la vesícula biliar y la vendió a peso de oro a un apotecario de la ciudad. Al conocerse que poseía la vesícula del ajusticiado, hubo en la tienda una tumultuosa aglomeración de clientes, ansiosos de procurarse un poco del precioso específico para la valentía.

La bárbara costumbre de recoger la hiel humana parece haberse manifestado con su máxima violencia en Camboya. Indica AYMONTIER que, según cuentan los Cham, tribu musulmana que en este país de budistas ma-

layos formaba una minoría étnico-religiosa, años atrás, los cazadores reales de tigres y elefantes eran muy temidos de esta tribu negroide. No obstante, los que verdaderamente sembraban el pánico, eran los Djaoulech, nombre dado a los buscadores de hiel humana destinada a los elefantes reales. Los emperadores chinos obtenían de los habitantes del país conquistado, en especial, de las minorías negroides, las vesículas que necesitaban. Aunque los que han escrito sobre esta costumbre dicen que la hiel humana que recogían era destinada a «abrevar» elefantes, probablemente en el término «abrevar» encierran un error de traducción. Creemos que lo que mejor expresa este hecho es la palabra «abrarar», ya que los emperadores camboyanos gustaban de presenciar luchas, tanto de gallos como de elefantes, y para aumentar la ferocidad y la energía de estos últimos, les daban a beber bilis. La lucha de elefantes consistía en colocar a dos de estos paquidermos, frente a frente, o mejor, «testuz contra testuz», de suerte que, animados por sus respectivos jinetes, llamados *karnak* en la India, procuraban hacer retroceder a su antagonista, hasta obligarle a rebasar una raya que en el suelo, limitaba el campo de lucha; en este momento terminaba el combate deportivo. Es posible que de la contemplación de esas luchas haya surgido la idea de modelar las figuras gemelas de elefantes de marfil que se venden profusamente, y colocados a uno y otro lado de una hilera de libros, sirven para sostenerlos.

Los habitantes de Indochina recogían la hiel para ofrecerla al rey; su servidumbre la empleaba para lavar los ojos de los elefantes reales. La Historia de la dinastía Ming describe hechos análogos; en ella se considera la hiel china como de calidad superior. Para proporcionarse la hiel esperaban a que alguien pasase por la calle, para asesinarle y apoderarse de su vesícula. Era conveniente caer sobre la víctima, de improviso, pues si el atacado experimentaba un sobresalto de terror, la vesícula se estropeaba antes del tiempo habitual y no podía utilizarse para conservar la hiel. Las vesículas cosechadas se guardaban en unos vasos destinados a esta finalidad.

Los Tchamas o Cham suponían que la hiel humana constituía un excitante fabuloso, que convertía, al que la bebía, en un guerrero terrible. De ahí que sacasen la hiel de los enemigos abatidos, todavía vivos, y mezclándola con abundante cantidad de aguardiente, obtenían un brebaje que, según decían los anamitas, era capaz de hacer vibrar todo el cuerpo. Es muy probable que esta acción estimulante fuese producida por el aguardiente que añadían a la bilis.

Es curioso que la tendencia a mezclar sustancias amargas (vermouth, ajeno, etc.) con las bebidas alcohólicas se observa también entre los pueblos occidentales. Posiblemente se intenta con ello estimular el apetito, de ahí su empleo como aperitivo, palabra que etimológicamente significa: el que abre el apetito, pero probablemente se toma también para provocar un cierto estado de embriaguez que, al igual como a los anamitas, les hace vibrar, situándoles en condiciones de crear y mantener durante el banquete un ambiente de gran animación.

Lo que hacían los Cham y los anamitas no era, en realidad, otra cosa que embriagarse antes de entrar en combate. Esta costumbre de emborrachar a los soldados antes de lanzarles a la lucha ha sido practicada por todos los ejércitos de la vieja Europa, incluso por los de los países de mayor cultura y los de mayor religiosidad. Así se explica el que los soldados del frente hayan temido siempre el momento en que reciben de la intendencia, una cantimplora llena de coñac o de ron (como es costumbre en el ejército inglés). Ven lógicamente en ello el signo de una inminente ofensiva. Algo parecido y por idéntico motivo, a lo que ocurre a los soldados de intendencia cuando se les ordena cargar con ataúdes un tren o un convoy de camiones.

Por otra parte, los jefes locales de Indochina, vasallos del Emperador del Celeste Imperio, pronto quisieron imitar a su señor, copiando sus costumbres. Los pueblos que ocupan la península de Indochina han formado durante siglos un país tributario de China.

En 1827 los franceses conquistaron la Indochina, desterrando la dominación china plurisecular. En esta campaña desempeñó un papel decisivo el cuerpo expedicionario de filipinos (tagalos) que el gobierno español envió en auxilio de los franceses. Los tagalos, acostumbrados al país y resistentes a la malaria, hicieron prácticamente todo el trabajo. En la paz que siguió, los españoles sólo sacaron la gloria y los franceses se llevaron el provecho. Los historiadores hispanos, muy patriotas pero faltos de objetividad, se lamentan de que sacáramos las castañas del fuego a los franceses, pero olvidan que aquella ayuda no era sino la factura de la expedición de los «cien mil hijos de San Luis», que seis años antes habían restaurado el absolutismo de Fernando VII, expulsando al gobierno liberal constitucional.

Al conquistarla los franceses, la población de la península estaba formada por un resto de pueblos autóctonos (negroides), al que en el curso de los siglos se habían ido superponiendo, en sucesivas emigraciones, las gentes del norte (chinos) y los malayos, actualmente en mayoría.

Los jefes feudales de Indochina comenzaron practicando la costumbre china, por mimetismo, en un afán de parecerse a sus conquistadores, acomodándose a las tradiciones y costumbres de éstos. Quizás también intervino el hecho de pretender llegar a igualarse a ellos o a superarles, en fuerza y en coraje. Bajo la planta del conquistador, en el pueblo subyugado, no todas las actitudes son de oposición y de resistencia. Aparte la postura del indiferente, hay siempre un grupo propicio al servilismo adulador. Y, con sorpresa, es frecuente descubrir que este grupo no siempre está integrado por gentes incultas o por sujetos de insolvencia moral reconocida. De ordinario se trata de oportunistas, que quieren a toda costa conservar unas prebendas obtenidas sin escrúpulos, o bien de sujetos amargados, que creen llegada la hora de proyectar hacia los mejores de sus semejantes el rencor provocado por anteriores fracasos. Este servilismo, que puede iniciarse en la apatía de un conformismo, pronto se hace admirativo, suscitando un deseo de identificación y conduciendo a una actitud imitativa. No importa que ésta involucre la crueldad y la tiranía sobre los propios compatriotas. Esta actitud aflora en las almas de

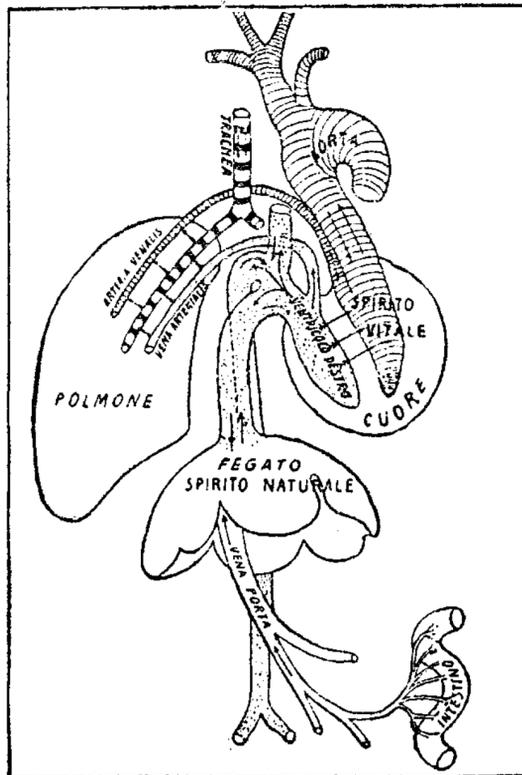


Fig. 2. El hígado en un diseño de Leonardo da Vinci.

Fig. 3. El hígado en el sistema fisiológico de Galeno.

los seres innobles, en todas las épocas desgraciadas de la historia ; es la que tubieron los griegos fihorromanos, los afrancesados, los quislings, los colaboracionistas, etc. Situados entre la servil adulación al vencedor y la traición a sus compatriotas, creen compartir los laureles de aquél, cuando en realidad no hacen más que dar salida al resentimiento y al encono que durante toda su vida han tenido que ir almacenando.

En la actualidad la más clara expresión de este hecho lo tenemos en la envidia que en tantos sitios despierta el fabuloso poderío de Norteamérica, y que, si bien aparentemente se manifiesta por una crítica áspera, en el fondo pretende ocultar un deseo de imitación, que consciente o inconscientemente se refleja y se plasma en las costumbres sociales, en el comportamiento y hasta en el lenguaje.

En el Japón, una de las manifestaciones de esta tendencia viene expresada en el frenesí con que las jóvenes se han lanzado a hacerse extirpar el epicanto mongólico de sus ojos para convertirlos en ojos redondos en vez de oblicuos. Moda que hace la felicidad de los que practican la cirugía estética, y de muchos curanderos advenedizos improvisados en esta dedicación. Las jóvenes gozosamente se prestan a la supresión de aquel estigma racial, para tener sus ojos parecidos a los de las muchachas blancas, que para los japoneses es casi sinónimo de norteamericanas.

La profesión de arrancadores de vesículas ha venido subsistiendo en Camboya hasta una época bastante reciente. En una narración de viajes efectuados en el siglo XIII, el chino Cheu-Ta-Kuan hace alusión a ello. Citemos sus palabras, traducidas por PELLIOU :

«Antiguamente, al octavo mes se recogía la hiel. Cada año el rey de Champa (Camboya) exigía una jarra de hiel humana conteniendo varios miles de vesículas. Por la noche los servidores reales se apostaban en lugares diversos de las ciudades y pueblos. Al que sorprendían fuera de su domicilio le cubrían la cabeza con un capuchón apretado por una cuerda y, mediante un diminuto cuchillo, le hacían un corte en el lado derecho del abdomen, por el que extraían la vesícula. Su tarea proseguía hasta haber obtenido un número de vesículas suficientes para poder efectuar su ofrenda al rey. En ningún caso tomaban la hiel de un chino, ya que se decía que en una ocasión en que arrancaron la vesícula de un chino y la colocaron junto a las otras, observaron cómo inmediatamente, todas las vesículas de la jarra se pudrieron, haciéndose inservibles.»

Según AYMONIER esta cruel costumbre no fue abolida en Camboya hasta mediados del pasado siglo. En su viaje por Indochina, publicado en París en 1856, un misionero, el padre BOULLEVEAUX, nos dice que, ya a su llegada a la provincia de Battambang, en diciembre de 1850, tuvo conocimiento de que en dicha región había todavía *Ioc Pomat*, es decir, recolectores de vesículas humanas.

«A mi llegada, escribe, ciertas personas parecían desconfiar de mí. Temían que no fuera un *Ioc Pomat* secreto. Los camboyanos se cuchicheaban al oído, que el rey mandaba tomar las vesículas humanas para darlas a los elefantes de guerra. Según algunos, que eran los que con peores ojos me miraban, el rey las vendía a los europeos. Los camboyanos y los laosianos que recogen el oro en las arenas de lo alto del río, para el rey de Siam, no osan aventurarse por los bosques, temerosos de que les ocurra una desgracia.»

Con la dominación francesa aquella costumbre fue desapareciendo casi totalmente de Indochina. Recientemente, aunque la práctica de arrancar las vesículas fue abolida, existe todavía un personaje que ostenta el título de *recolector de la hiel*, y que habita en la ciudad de Pnoh-Penm, cerca de la Puerta del Norte.

En donde esta bárbara costumbre ha persistido durante más largo tiempo ha sido entre los chinos. En efecto, en el curso de la guerra civil china de 1854, el vencedor abría en canal el cadáver del enemigo, le arrancaba el hígado, lo cocía y se lo comía para adquirir bravura. Es bien cierto que en saña, crueldad y fiereza no hay lucha que iguale la de una guerra civil. En las otras guerras, si hay odio, es a un desconocido, es un odio abs-

tracto, que suena a vacío. En una guerra civil el odio es concreto ; se sabe a quién se odia, al compatriota, al hermano ; se conocen sus ideas y, muchas veces, durante años se ha ido incubando la envidia, por sus cualidades, por sus triunfos, que han ido sucediéndose como un insulto a nuestra inferioridad y a nuestros fracasos. La guerra civil ofrece ocasión propicia para que este odio oculto y reprimido estalle con todo su ímpetu venenoso y permita impunemente, dar satisfacción a los resentimientos, a los celos y a la envidia.

### Propiedades curativas del hígado y de la bilis

Desde la más remota antigüedad se ha considerado el hígado y la hiel de los animales, como dotados de propiedades terapéuticas. La más antigua referencia la tenemos en la Biblia, cuando Tobías, siguiendo los consejos del ángel, curó la ceguera de su padre aplicándole hiel de pescado. Recuérdense los pasajes bíblicos de Tobías : «Y le dijo el ángel : corta el pez y sácale la hiel, porque sirve para cosa provechosa ; ... la hiel es buena para unguir los ojos del hombre que tenga cataratas en los ojos, y quedará curado ; ... y extendió la hiel sobre los ojos del padre ; ... y se desprendieron las cataratas, a manera de escamas, de los lagrimales de sus ojos». Parece que el padre de Tobías padecía xerofalmía ; con la aplicación de hiel de hígado de pescado, recuperó la visión. Aconsejado por el ángel, Tobías utilizó empíricamente el hígado y la hiel de pescado, ricos en vitamina A, cuya acción antixerofálmica fue descubierta en 1909 por STEEP.

Los griegos, con ARISTÓTELES, y los romanos, con PLINIO, consideraban la bilis como el cieno de la sangre y lo que de peor contiene. A pesar de estas teorías antibiliosas, la bilis en la antigüedad gozó de gran estima como medio terapéutico.

Para su empleo ensayaron los efectos curativos de la bilis de diversas procedencias : pescados, anfibios, reptiles, aves y mamíferos. Entre los primeros figuran las especies : anguila, lucio, cazón (*Squalus L.*), resaca (*Scorpena porcus*) ; entre los anfibios, las ranas ; entre los reptiles, las tortugas marinas y terrestres, y las víboras ; entre los pájaros, hay el águila, el halcón, el buitre, la cigüeña, la grulla, el faisán, los gansos, la perdiz y las gallinas ; entre otros animales figuran los ratones, erizos, liebres y toda una inmensa serie, hasta el leopardo, león y el oso, que termina en el elefante, pasando por la garduña, el zorro, la hiena y el ciervo, y, por fin, la mayoría de los animales domésticos, como corderos y ovejas, machos cabríos y cabras, vacas y bueyes, perros y cerdos. Finalmente se utilizó también la bilis del hombre.

PLINIO considera el hígado y la hiel como remedio contra las afecciones de los ojos : *ad oculorum medicamenta utilius habetur*. Recomienda para la hemeralopía, el hígado de cabra, y fundamenta esta elección en el hecho de que las cabras ven tan bien de día como de noche. Asimismo indica que el hígado de ciertos animales se utilizaba como medicina para el tratamiento de las afecciones hepáticas humanas ; se empleaba el hígado de lobo, asado en vino, y el hígado de asno, asado en miel.

La hiel, a pesar de su gusto repulsivo y quizá precisamente a causa de él, poseía, a juicio de los antiguos, estimables virtudes curativas. PLUTARCO indicaba que «la hiel de hiena y el cuajo o lab (del estómago) de foca, animales sumamente peligrosos, poseen propiedades comprobadas contra ciertas enfermedades».

Se había creído que la hiel hacía caer a la persona que la ingería, en un estado parecido al de borrachera, llegando casi a hacerle perder la razón. Como prueba de ello tenemos la admonición de HABACUC : «Desgraciado de aquel que embriague a su amigo, haciéndole beber hiel para ver sus desnudeces». En la Vulgata se advierte : «Desgraciado el que al dar a beber a su amigo, mezcla hiel en la bebida y lo embriaga ; porque sobre él recaerá la ignominia y no la gloria. Que beba él a su vez y quedará adormecido».

Fundándose en que la bilis provocaba, según se creía, el adormecimiento insensible de la ebriedad, los judíos, al igual que los griegos, solían dar a los ajusticiados, cierta bebida para atenuar sus sufrimientos ; era una bebida amarga, en cuya composición entraban, entre otros ingredientes, hiel y mirra. El Nuevo Testamento corrobora esta costumbre, ya que durante la Pasión los soldados ofrecieron a Jesús, vino mezclado con mirra, según San Marcos, y con hiel, según San Mateo, cumpliendo así la profecía del Libro de los Salmos, que reza : «Me dieron hiel como alimento». Al dar a beber vino con hiel a Nuestro Señor Jesucristo, no hicieron más que seguir la costumbre de hacerlo con los condenados, pensando que, al embriagarlos, se les aligeraba la agonía. Actualmente en algunos países es práctica de ley dar una copa de coñac a los condenados a muerte, para que resistan más serenamente la ejecución ; en otros, como en Inglaterra, se llega hasta a aplicarles un sedante (morfina, por ejemplo). Ello explica el que en la mayoría de ejecuciones no se produzcan actos de resistencia o de desesperación por parte de los condenados.

El empleo de hígado con fines terapéuticos tiene cierto fundamento. CELSO recomienda, contra el asma, el hígado de zorro, desecado y reducido a polvo. Señala asimismo, que las personas que distinguen bastante bien los objetos durante el día, pero que nada pueden ver en el crepúsculo (lo que actualmente se denomina hemeralopía), deben asar un hígado de choto o de cabra, untarse los ojos con el jugo que se forma durante la cocción, y después, comerse el hígado asado.

Según DIOSCÓRIDES el hígado de perro rabioso, ingerido por los que han sido mordidos por el animal, preserva contra la hidrofobia. Asimismo, indica que el hígado de ganso tomado en ayunas es eficaz contra la senilidad y la impotencia. A la bilis de tigre y a la de oso también se les han atribuido virtudes parecidas a las de la bilis humana, de comunicar valor y coraje al que las ingería.

Teniendo en cuenta que el águila es un animal de gran agudez visual, se había recomendado la administración de su hiel, considerando que podía curar las afecciones oculares.

A los antiguos no pasó, sin embargo, inadvertida la toxicidad de la bilis. Indicaban que el volumen de una lenteja de hiel de tiburón mata en menos de una semana; la de leopardo, causa vómitos, ictericia y, a veces, hasta la muerte en tres horas; la de víbora, es un veneno tan violento, decían, que mata antes de que el paciente pueda recibir el menor auxilio.

A pesar de este concepto, fruto en gran parte, de la fantasía, se usó en terapéutica hiel de cazón, de leopardo y de víbora. La hiel de buey constituía casi un alimento, entre los abisinios del siglo XVI, los cuales la empleaban como condimento para sazonar la carne cruda que comían.

Algunos autores como MARCELLUS admitieron la absorción de la bilis por la piel. No obstante, la bilis en la piel sana y más aún en la piel desnuda de una llaga o úlcera, actúa como excitante, llegando a veces a provocar una verdadera irritación. La acción irritante resulta mucho más marcada en las mucosas, en donde ejerce un efecto, que antiguamente llamaban *atractivo*: provoca cierta exudación, que sería como una especie de purga. En ginecología, este efecto atractivo decían que provocaba la regla; consideraban pues, que la bilis era emenagoga.

Oswaldo CROLLIUS (*De signis internis rerum*, año 1624) aconseja el hígado de lobo, para el tratamiento de las enfermedades hepáticas del hombre.

La 2.<sup>a</sup> edición de 1771, del «*Albert Moderne*» proporciona un medio, nuevamente descubierto, de recuperar la vista perdida por un accidente: «Consiste en exprimir sobre los ojos, el hígado de un pescado denominado barbo. La experiencia se hizo en París, en el año 1767, en una mujer cuyos ojos padecían desde seis meses antes, unas úlceras, y estaban recubiertos de una mancha que producía ceguera total». Así, pues, para tener un remedio contra este accidente, es preciso obtener el hígado de varios pescados, exprimir su jugo en un frasco, y con una pluma de ave, depositarlo sobre los ojos. Esta maniobra se ejecutó precisamente en la mujer a que nos referimos. De momento, el jugo de hígado le produjo un dolor muy vivo, que duró una media hora, pero poco a poco se fue disipando. Al día siguiente la enferma comenzó a ver de nuevo, por un ojo. Por la tarde del mismo día, se le volvió a aplicar el mismo jugo. Después, el blanco de los ojos, hasta entonces totalmente enrojecido, fue recuperando lentamente su color natural, al tiempo que la vista adquiría mayor fuerza. Repetida, por vez tercera, la aplicación del remedio se consiguió devolver la visión a la paciente. Es curioso ver cómo la gesta de Tobías se reproduce en 1767, en París, presentando el método como algo nuevo y asombroso.

En la obra, titulada «*Los remedios de la ilustre y pía "Señora Fouquet"*» se encuentran abundantes fórmulas y recetas en cuya composición entran el hígado y la hiel. Esta se emplea para curar las hernias, el tenesmo y la helmintiasis. El hígado formaba parte de las fórmulas usadas para aligerar el parto, curar las enfermedades de los ojos, «restablecer el hígado», etc... La ilustre y pía dama decía: «Tomad hígado de lobo o de ánsar y hacedlos secar; reducidlos a polvo y dad el peso de un escudo de oro al enfermo, en agua de artemisa, durante 25 días». Cuando leemos esta prescripción terapéutica no podemos dejar de pensar que en la actualidad se utiliza también este procedimiento que, para encasillarlo entre los métodos terapéuticos científicos, no hemos hecho más que darle el nombre de opoterapia.

J. J. WECKER resumió, *fideliter et methodice*, como él mismo dice, en su *Antidotario*, la aplicación de la bilis. Las más activas, según él, son las de escorpión de mar, callionymus, pez que comprende cuatro especies, la de tortuga de mar y la de hiena. Luego les siguen, la de perdiz, águila, gallina blanca y cabra salvaje. Un detalle curioso es que la hiel de toro se consideraba muchísimo más eficaz que la de oso, macho cabrío, oveja y cerdo.

